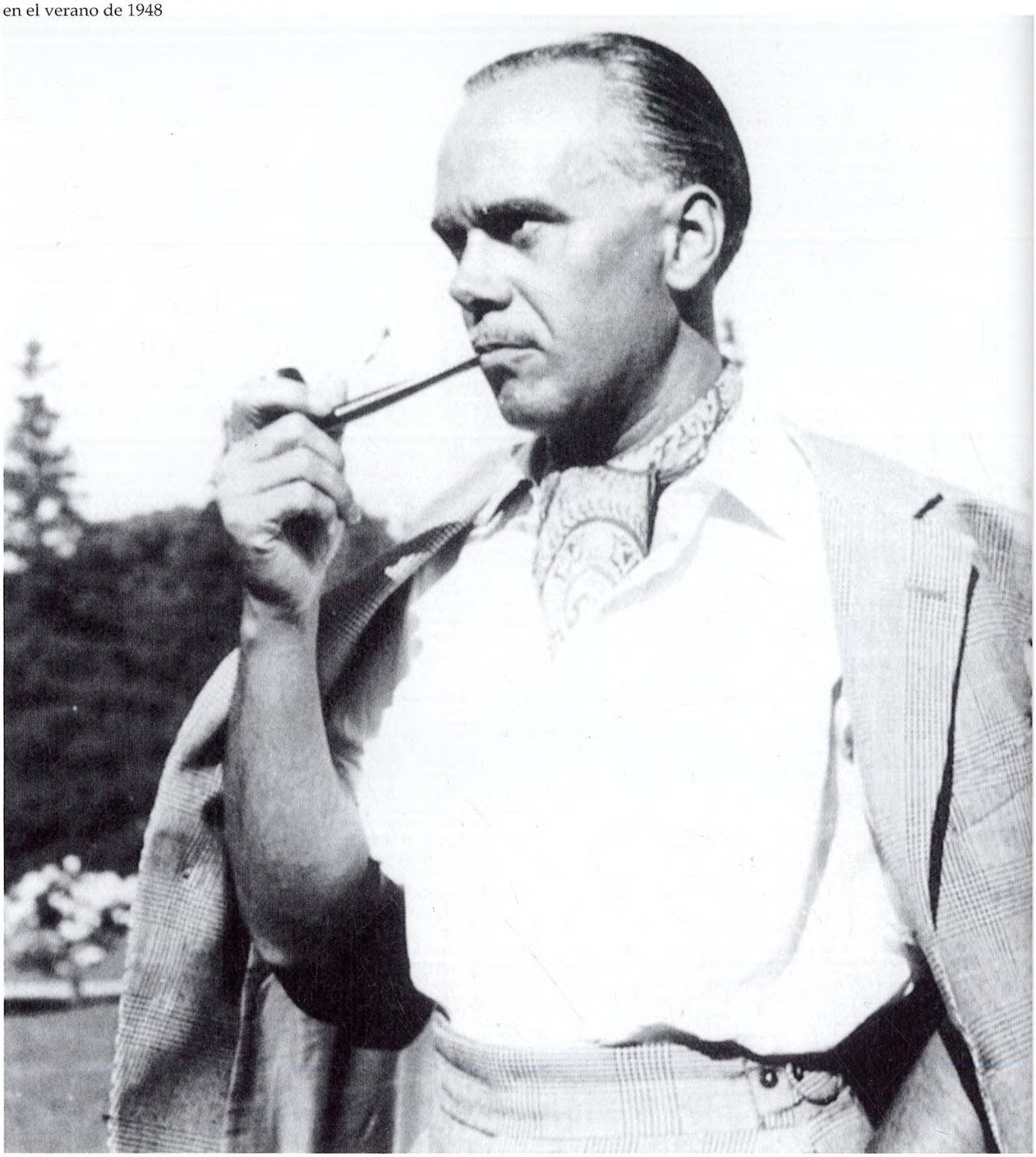
Los hitos de una canonización tardía: Luis Cernuda y la generación del medio siglo*

Jordi Amat

Cernuda en Middelbury (Vermont),
en el verano de 1948



* Escribí una primera versión de este texto atendiendo a la invitación que Neus Samblancat me hizo para intervenir en el que curso que sobre Literatura Española del siglo XX imparte en la Universidad Autónoma de Barcelona. Los sabios consejos de Laureano Bonet me dieron pistas que me forzaron a revisar a fondo el original. Una gestión, otra más, de Anna Caballé posibilitó que el artículo acabara recabando en este bello y envidiable *Campo de Agramante*.

No es una afirmación polémica ni provocadora, nadie lo duda ni cuestiona. Es un hecho. Luis Cernuda es un clásico de la poesía española contemporánea. Es igualmente sabido que en sus inicios como escritor, dentro del grupo que en 1932 se cohesionó como tal en la antología *Poesía española* de Gerardo Diego, fue considerado durante años como un autor secundario (igual que Vicente Aleixandre, que dejaría de serlo en la primera posguerra, y Emilio Prados o Manuel Altolaguirre, que no lo han dejado de ser). ¿Cuándo se produjo el vuelco que colocó a Cernuda en el lugar central que hoy ocupa? En las siguientes páginas (casi una crónica, poco más) trato de explicar cómo se gestó su incorporación al canon y de desvelar, mediante una serie de papeles públicos y otros privados, el protagonismo que algunos de los poetas del *50* tuvieron en su proceso de canonización. Un proceso inseparable de la praxis que los integrantes de la autodenominada *generación del medio siglo* emplearon, a caballo de los últimos cincuenta y primeros sesenta, en ocupar las posiciones de poder del sistema literario. Cernuda, pues, como uno de los andamios que sustentó la construcción del último gran edificio generacional de la cultura española.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Durante el primer tramo del franquismo, aunque él creyese y escribiese lo contrario de sus paisanos, la voz de Cernuda tuvo oyentes en nuestro país y bastantes de ellos privilegiados. Hubo hombres de letras implicados en la consolidación del gusto y en el establecimiento de modas que apostaron por la difusión sostenida de su obra. La atención que le prestaron estas minorías (los miembros del grupo "Cántico" de Córdoba, por ejemplo, o los poetas del Instituto de Cultura Hispánica, en especial Luis Felipe Vivanco y Leopoldo Panero) posibilitaría su indiscutido reconocimiento posterior. En este sentido y en un primer momento sobresalió el apoyo que le dispensó el poeta y crítico José Luis Cano, benjamín de la *joven literatura* y secretario de la revista *Ínsula*. Durante la segunda mitad de los años cuarenta, no fue excepcional toparse con la firma de Cernuda en las tupidas páginas de aquella revista, una de las tribunas culturales más prestigiosas y libres del país. La editorial de *Ínsula*, además, publicaría por entonces la segunda edición del autobiográfico *Ocnos* (1949) y la traducción de *Troilo y Crésida* (1953) de Shakespeare.

Al mismo tiempo, Cernuda venía siendo leído por una serie de jóvenes talentosos que, de la mano de Aleixandre y Cano, también estaban colaborando en *Ínsula*. Unos escritores para quienes la segunda edición de *La Realidad y el Deseo* (1940), debe subrayarse, no había sido una influencia

determinante en su formación estética[1]. Sería más tarde, en su primera madurez, cuando se encargarían de realizar la lectura pública que convertiría a Cernuda en un autor de referencia. "No es que, de la mañana a la noche, unos cuantos jóvenes descubriéramos en Cernuda a un gran poeta ignorado –pues ignorado no era, a pesar de cuanto él dijese–, sino que su obra de madurez nos llegaba en el momento justo", aclaró mucho después Jaime Gil de Biedma –el embajador oficioso de Cernuda entre sus compañeros de viaje[2]. Pero Gil de Biedma no fue el único en apostar por Cernuda. Carlos-Peregrín Otero, joven colaborador por entonces de *Cuadernos Hispanoamericanos*, vinculaba en fecha reciente su descubrimiento de Cernuda a José Manuel Caballero Bonald, otro colaborador de la revista editada por el Instituto de Cultura Hispánica que dirigía Luis Rosales. Además de lector atento de Cernuda (como evidencia el libro de poemas *Memorias de poco tiempo*), Caballero Bonald fue, en tanto que secretario de *Papeles de Son Armadans* –otra revista benemérita de la cultura de posguerra, donde Cernuda cohabitaría con los escritores del *medio siglo*–, el primer escritor de su generación en establecer contacto postal con Cernuda, que valoró su "extremo amable"[3]. Era el verano de 1957.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Tal vez le facilitara la dirección José Luis Cano y seguramente debió escribirle por encargo de Camilo José Cela, el director de la revista. Lo seguro, en cualquier caso, es que Caballero Bonald le pidió colaboraciones para *Papeles* y la demanda tuvo respuesta, rápida y positiva, porque en el número de aquel mes de octubre apareció reproducido "Águila y rosa", el primer poema de *Con las horas contadas*. El poeta, al recibir la revista, la juzgó "excelente" y reenvió una separata del poema firmada para Caballero y otra para Cela. Un Cela que con aquella revista, según le confesaba a Cernuda, quería convertirse en "la cabeza de puente –y a veces la cabeza de turco– de lo que creo más auténtico y sano de los españoles de nuestro amargo tiempo". Cernuda debió agradecer aquellas palabras y siguió colaborando en *Papeles* con cierta regularidad. Al cabo de un año le anunciaba que quería publi-

[1] Las referencias a Cernuda en la revista *Laye* son pocas y escasamente significativas. Véase en este sentido el modélico artículo de Laureano Bonet "Gil de Biedma, Tàpies y el cubo de basura: la poética de la Escuela de Barcelona", en *Actas de los primeros encuentros de poética. Jaime Gil de Biedma y su generación poética*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1996, tomo II, pp. 11-32.

[2] Jaime Gil de Biedma: "Cómo en sí mismo, al fin", *Al pie de la letra. Ensayos completos*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 344.

[3] Las muchas referencias al epistolario de Cernuda contenidas en este artículo pertenecen a la soberbia edición que James Valender preparó para la Residencia de Estudiantes y que se publicó el año 2003.

car "Historial de un libro" en la revista. "Desde luego, por muy benévola que sea la censura, habrá que cortar ciertas cosas en el original", escribía Cernuda. A Cela el ensayo autobiográfico le pareció "espléndido y nobilísimo", logró que pasara la censura "con unos muy ligeros rasguños" y lo publicó en el mes de febrero de 1959.

1959. Aquel año se dieron pasos firmes para la realización de una operación de política literaria de la que Cernuda, sin saberlo, sería parte implicada. Dicha operación cristalizaría en 1960 con la salida a la calle de la antología *Veinte años de poesía española* de José María Castellet, pero ya en el mes de enero de 1959 habían comenzado a desplegarse una serie de estrategias visibles para que fuera un éxito. La primera, tutelada en parte por el Partido Comunista, fue el recordado homenaje que se tributó a Antonio Machado en la localidad francesa de Collioure con motivo del veinte aniversario de su muerte. Caballero Bonald, uno de los concurrentes, rememoraba en *La costumbre de vivir* que "allí se preparó sin duda la salida a la palestra de lo que vino a llamarse, no sin alguna mordacidad de alta madrugada, la 'operación realista' "[4]. Varios de los reunidos serían claves en la pronta canonización de Cernuda. Allí estaban, entre muchos otros, Carlos Barral y Castellet, Juan Ferraté y Juan Goytisolo, Gil de Biedma y José Ángel Valente. No es improbable que aquel fuera el día en el que Valente expuso a Gil de Biedma la idea de que "Cernuda, entre todos los poetas del veintisiete, era el más próximo a lo que nosotros intentábamos hacer"[5]. La primera persona del plural no es casual porque sí, sin duda, existió una voluntad común de presentarse en sociedad como miembros de un grupo con señas de identidad compartidas. Tan sólo un año después de celebrarse aquel homenaje, Castellet –el crítico inconformista por antonomasia, según la acertada caracterización de Lorenzo Gomis– lo pondría por escrito. "Coincidente con el período de mayor fluidez económica y cultural surgen, aisladamente, nuevos poetas que, en el espacio de unos pocos años, siguiendo una evolución en muchos casos paralela, llegan a adquirir cierta conciencia poética común, que se manifiesta abiertamente en público, con motivo de la conmemoración del XX aniversario de la muerte de Antonio Machado"[6]. Machado era, sin duda, padre de esta conciencia poética

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

[4] José Manuel Caballero Bonald: *La costumbre de vivir*, Madrid, Alfaguara, 2001, p. 242.
[5] Op. cit. en n. 2, p. 345.
[6] José María Castellet: *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, Barcelona, Seix Barral, 1960, p. 100.

común. Luis Cernuda, en buena parte, también. Muy pronto contactarían con él alguno de aquellos "nuevos poetas" que Castellet antologó.

Hilos que atan y Cela vuelve a ser tejedor. La fructífera amistad intelectual que Cela y Cernuda mantenían desde hacía dos años llevó al poeta exiliado a preguntarle al novelista gallego por la posibilidad de publicar una recopilación de ensayos sobre literatura en las prensas de *Papeles de Son Armadans*; en la carta, escrita el 21 de febrero, incluso le mandó un índice del libro. Al cabo de menos de un mes, Cela contestaba informándole de la imposibilidad de editarlo en su editorial, pero aquella carta enviada desde Palma de Mallorca incluía otra noticia. Había buscado una solución, la mejor solución, para editar aquella selección. "Ayer estuvo aquí en Palma el joven poeta Carlos Barral, a quién llamé para hablarle del asunto, y quedamos en que, si usted quiere, lo daremos en su Biblioteca Breve, quizás la más prestigiosa colección que hoy existe en España. Carlos Barral, sobre magnífico poeta, es hombre serio y gran admirador de usted". Cela no exageraba al referirse al prestigio de Biblioteca Breve. Aquella colección que Carlos Barral había fundado y venía dirigiendo desde 1955 se había convertido en la más solvente y moderna del país. Un repaso rápido al catálogo, atendiendo tan sólo a autores españoles, lo demuestra. En 1959 se publicarían textos de José María Valverde, Juan Goytisolo o Juan García Hortelano –ganador del Premio Biblioteca Breve con la novela *Nuevas amistades*– y un año después algunas de las novedades de la colección fueron el estudio de Gil de Biedma sobre *Cántico* de Jorge Guillén, la primera novela de Juan Marsé –*Encerrados con un solo juguete*- o *Campos de Níjar* de Juan Goytisolo. También los versos de *Pisando la dudosa luz del día* de Cela, la antología de Castellet *Veinte años de poesía española (1939-1959)* y *Poesía y literatura* de Cernuda.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Las cartas entre Barral y Cernuda (que yo sepa) no se han publicado, pero autor y editor llegaron a un acuerdo porque el libro, tras haber superado algunos problemas con la censura y agotar la escasa paciencia de su autor, se publicó en 1960. Cernuda recibía su primer ejemplar a principios del mes de agosto. Menos polémico que *Estudios sobre poesía española contemporánea* –el brillante ajuste de cuentas con sus compañeros de generación– y menos *scholar* que *Pensamiento poético en la lírica inglesa*, en *Poesía y literatura* se reproducían algunos de los mejores textos de crítica escritos por Cernuda y en la primera serie del volumen se incluía una brillante y modernizadora lectura de la tradición poética castellana (pienso en "Tres

Poetas Clásicos" y en "Tres poetas metafísicos"). La relación editorial con Barral no terminaría aquí. *Desolación de la quimera* (1962) lo publicó Joaquín Mortiz, la editorial que Joaquín Díez-Canedo montó en México asociado con Barral. Un año después de la muerte de Cernuda, en 1964 y otra vez en Biblioteca Breve, aparecería una nueva recopilación de ensayos titulada *Poesía y literatura II*. En los años finales de su vida, por tanto, Cernuda se incorporó por primera vez como autor estable de la editorial más prestigiosa de la cultura española[7]. Otra cosa distinta es que Barral admirara su poesía, como había afirmado Cela. En una entrada de su diario, fechada el 11 de noviembre del 50, el juicio sobre Cernuda era muy poco favorable. "Leí a gran velocidad todo el Cernuda publicado después de 1944. Me parece un poeta muy irregular, con un tono medio monótono, 'estilístico', y, de cuando en cuando, saltos asombrosos"[8]. Barral le incorporó a su catálogo, pero no entre sus preferencias.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Cela, a finales de marzo, tras haber facilitado el contacto con el editor barcelonés y haberse comprometido a publicar en su revista el artículo "La tercera salida de *La Realidad y el Deseo*" de Otero, mandaba una nueva carta desde Mallorca con destino a Coyoacán, el barrio de México D.F. donde vivía el poeta. Le escribía, entre otros motivos, para hacerle la siguiente petición: "En el mes de mayo, organizo aquí en Mallorca las Conversaciones Poéticas de Formentor. Son de carácter privado y, como es lógico, *al margen de cualquier cosa que pudiera oler a mundo oficial* [...] ¿Querría usted enviarnos un mensaje, que sería leído por mí y que nos traería su lejana y admirada voz?". Cernuda, para corresponder a las muchas atenciones que había recibido de parte del autor de *La colmena*, atendió el ruego y escribió este mensaje, que *Papeles de Son Armadans* publicaría a finales de 1960:

> "¿Qué otras palabras más oportunas para saludar a los contertulios de las Conversaciones Poéticas de Formentor, que los dos versos de Rubén Darío, escritos (si no estoy equivocado) en esa isla de Mallorca, cuyo recuerdo en blanco, por no haberla visitado cuando tuve ocasión, me persigue y me mortifica? 'Aquí, junto al mar latino, / digo la verdad.'

[7] Seix Barral seguiría editando durante años obra de Cernuda, incluyendo una selección de su poesía prologada por Otero y editando un primer volumen de prosa completa a cargo de Derek Harris y Luis Maristany.
[8] Carlos Barral: *Los diarios (1957-1989)*, ed. de Carme Riera, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 2003, p. 87.

Mi memoria de esos dos versos me jugaba una travesura, ya que no me decía: ´Digo la verdad´, sino ´Digo mi verdad´. El error acaso no fuese del todo inconsciente, porque me parecía más justa, si no es pedantería corregirle la plana a un gran poeta, la alusión a la verdad relativa y personal designada por el posesivo, que no a la verdad abstracta y general designada por el artículo.

Y eso es lo que deseo para los poetas y escritores ahí reunidos, el diálogo acerca de sus verdades relativas y personales, la confrontación humana y poética de las mismas, con lo que sin duda saldrán purificados ellas, y ellos mismos en el camino hacia la verdad de todos, quiero decir, la verdad de quienes son la sal de la tierra.

Un saludo fraternal, si se me permite el atrevimiento de incluirme así en la fraternidad poética, desde esta otra orilla del mundo"[9].

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

El texto, además de ajustarse con precisión a las leyes de su género, contiene una interesante matización, un ingrediente esencial de la poética de Cernuda que calaría en los escritores del *50*. ¿Por qué no era del todo inconsciente la transformación del verso de Darío "Digo la verdad" por "Digo mi verdad"? Aquella segunda opción respondía a la concepción de la poesía que Cernuda venía practicando desde *Las nubes* (1943). La persona que habla en esta segunda etapa rehuye expresamente la tentación de convertirse en Voz en mayúscula, se zafa del peligro de transformarse en voz presuntuosa de la colectividad o de la sublimidad. Al contrario. El lector escucha una voz centrada obsesivamente en ella misma como tema. Es una propuesta ética y estética que, reivindicando al individuo, impugnaba el poeta como figura sacralizada. Frente a la búsqueda de las grandes verdades con grandes palabras, Cernuda llevaba dos décadas explorando en sus versos las "verdades relativas y personales". Esta reivindicación de la individualidad atentaba contra los principios teóricos de la poesía social. Es decir, con aquel matiz Cernuda se situaba en el marco del principal debate que sobre la función de la poesía venía realizándose en las letras españolas desde hacía años.

¿Quién escuchó aquella salutación? En el Hotel Formentor estaban

[9] Luis Cernuda: [Carta a Camilo José Cela], *Prosa II. O.C. III*, ed. de Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Ediciones Siruela, 1994, p. 223.

Cernuda en México hacia 1962, fotografiado por Ricardo Salazar

alojados, entre otros muchos, Octavio Paz y Carles Riba, los supervivientes de la joven literatura que vivían en España –Gerardo Diego, Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre– y varios de los literatos que hicieron la Guerra Civil –José Luis López Aranguren o Dionisio Ridruejo, Rafael Santos Torroella o José Hierro. También el núcleo duro de la Escuela de Barcelona: Castellet y Barral, Gil de Biedma y José Agustín Goytisolo. Aquellos cuatro escritores, que pasarían unas jornadas más en el hotel para intervenir en el posterior Coloquio sobre Novela Contemporánea, seguían confeccionando *Veinte años de poesía española*. Aquel libro que, entre otras muchas cosas, estaba concebido como un manifiesto generacional. Un manifiesto que reconocería explícitamente el magisterio de Cernuda. La influencia de Gil de Biedma para que así se reconociese fue definitoria.

Meses después de las jornadas mallorquinas, a finales de aquel 1959, Cernuda recibió el poemario de Gil de Biedma que Joaquín Horta – poeta, impresor y destacado secundario del grupo– acababa de editar en la colección "Fe de vida". Estas

fueron las palabras con las que Cernuda agradeció el envío: "Recibo su libro *Compañeros de viaje*, notando su gentil prevención de prepararlo para el viaje de manera que, al abrirlo yo, se abriera por la página donde está el poema que me dedica. Es un poema muy hermoso y ha sido usted muy benévolo conmigo. Estoy leyendo el libro con emocionada simpatía, y no necesito añadirle que con verdadero placer de lector dado también a la poesía". El poema era "Noches del mes de junio", un texto con el que Gil de Biedma venía trabajando al menos desde 1957 (así lo atestiguan las cartas que mandaba a Barral). La lengua coloquial y el fraseo conversacional que Gil de Biedma emplea en el poema sonaban mucho al Cernuda que en Inglaterra había encontrado una forma para su estilo. También coincidía con la formalización de la experiencia del erotismo temprano que Cernuda había propuesto en *Ocnos* (el pretexto es casi idéntico al de "El placer"). Por ello y también por el "ilimitado entusiasmo" que le despertó "Historial de un libro" debió dedicarle aquel extraordinario poema. Pero probablemente también porque homenajeando a Cernuda, Gil de Biedma se estaba publicitando.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Publicidad. ¿Qué pretendían si no él y los poetas de Collioure con *Veinte años de poesía española*? Era un manifiesto generacional, lo he dicho ya. Sería una apuesta ideológica, lo trataré en un momento. Pero también, sobre todo, era un producto publicitario muy meditado y los publicitarios consiguieron su objetivo. El profesor Laureano Bonet lo ha explicado con claridad: "[La antología] encierra un cierto relevo de los mitos culturales, relevo que, a grandes trazos, podemos resumir en un hecho: el redescubrimiento de Luis Cernuda. Con la irrupción de este poeta en los últimos años cincuenta zozobrarían considerablemente en el 'santoral' literario del grupo *Laye* nombres hasta entonces intocables como Aleixandre, Guillén y, sin lugar a dudas, [Dámaso] Alonso"[10]. Cortando amarras con su pasado reciente, alejándose de sus maestros, los jóvenes poetas decían a las claras que ya eran escritores con una propuesta literaria propia. Cernuda les sirvió para reaccionar contra el *27* (como escribió Gil de Biedma), avalar su propuesta y afirmarse en su propia madurez. "¿Has visto ya la antología de Castellet?", le preguntaba Cernuda por carta a su antigua amiga Concha de Albornoz. "En el prólogo de la misma hay cosas muy amables para mí, que

[10] Laureano Bonet: "Dámaso Alonso y la Escuela de Barcelona: huellas, semillas, silencios", *Ínsula*, núm. 530, febrero de 1991, p. 19

me parece reposan sobre esa estúpida realidad que Vicente o Aleixandre y sus compadritos han planteado conmigo, sin que de mi parte yo haya dado motivo ni ocasión". Tras un largo periodo durante el cual Aleixandre fue considerado el maestro vivo de la poesía española, ahora esta medalla se le imponía a Cernuda[11].

Aquel cambio de papeles es, desde la perspectiva presente, el acierto mayor de un libro cuya ideologizada tesis sólo se explica por la triste coyuntura de la Dictadura. Dicha tesis, en palabras del prólogo, era la siguiente: "la nueva poesía realista aporta, en relación con la tradición simbolista, un cambio radical y cualitativo respecto a la concepción misma de lo que es poesía"[12]. La idea defendida por Castellet era que, desde la introducción del simbolismo por parte de los modernistas, los poetas españoles habían seguido un proceso de mejoramiento que culminaría con la obra de sus coetáneos. No se refería a que la estética que separaba a Gil de Biedma de Rubén Darío (por ejemplo) hubiera cambiado, sino que desde Juan Ramón Jiménez hasta Valente (otro ejemplo) había progresado. Esta concepción de evolución cualitativa, falaz cuando se habla de cambio de movimientos artísticos y literarios, era el corolario de una concepción dialéctica de las artes de inspiración claramente marxista, inexplicable fuera de los debates sobre el compromiso inspirados por Jean Paul Sartre. Unos debates que trataban de cimentar una parcela digna para el intelectual entre los despojos en los que la II Guerra Mundial había convertido la Europa ilustrada. En este recorrido del simbolismo hasta el presente, Castellet señalaba que se habían practicado formas de realismo más o menos intenso, pero la novedad que aportaban los jóvenes era que al realismo tradicional añadían "la dimensión histórica". Usando la taxonomía de Castellet, se estaba llegando a la meta del "realismo histórico".

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

En el recorrido que había precedido a la consecución de la cima, Cernuda había marcado un punto de inflexión porque había sido el responsable de la reintroducción del "uso coloquial de la lengua" en la lírica castellana. Cernuda se había acercado al cenit, pero le había faltado añadir "la dimensión histórica" a sus versos. Ese ingrediente lo estaban tratando de aportar los poetas del medio siglo, José Agustín Goytisolo, Ángel Crespo

[11] Los poemas de Cernuda reproducidos en la antología son "Impresión del destierro", "La familia", "A un poeta futuro", "Las islas" y "Niño tras el cristal".
[12] José María Castellet: *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, Barcelona, Seix Barral, 1960, p. 88.

y tantos otros. "Cernuda es uno de los autores 'del 27' que más cerca se encuentran de muchos jóvenes poetas de hoy que, sobre sus mismas bases formales, buscan sobrepasar esta 'poesía de la experiencia individual', añadiéndole una dimensión histórica". Condición necesaria para la emergencia de la "dimensión histórica" era la supeditación de la individualidad en el verso. El yo, por tanto, estaba en la picota. A menos individualidad, según Castellet, más presencia del "hombre histórico que pertenece a un mundo en transformación", un sujeto al que "las circunstancias urgen dramáticamente, obligándole a comprometerse con su tiempo". Este hombre, un ente abstracto, sería el protagonista del realismo histórico. La aceptación última de esta poética, en consecuencia, negaba uno de los ejes de la propuesta cernudiana que comentaba antes, a propósito de las palabras escritas para que fueran leídas en Formentor. A pesar de no ajustarse a su justificación teórica, la antología probaba que Cernuda se había convertido en un referente para los jóvenes que a raíz de la publicación de aquella antología se convertirían en comisarios del gusto.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Retrato de Cernuda por Gregorio Prieto, Londres, enero de 1939

El poetizar ético de Cernuda, tan infrecuente en la lírica española, impactó a un universitario valenciano que por entonces, sigo aún en 1960, estudiaba Derecho en Salamanca. Había ganado la convocatoria del Premio Adonais con *Las brasas* (que mandaría a Cernuda) y se llamaba Francisco Brines. En una ocasión, yendo de Salamanca a Valencia, pasó por Madrid y compró el poemario *Como quien espera el alba* (1947) en una librería de viejo. Brines leyó entusiasmado algunas de sus poesías a sus amigos, entre ellos a Jacobo Muñoz –que contaba con tan sólo dieciocho años y ya dirigía una revista, *La caña gris*, en cuyo primer número había colaborado, entre otros, Joan Fuster. A principios del mes de septiembre de 1960, Muñoz escribió a Cernuda para decirle que, gracias a su poesía, él se había conocido mejor a sí mismo. ¿Puede haber mejor elogio para un escritor? De paso le pidió si podía mandar algún inédito para publicar en su revista. En el número 2 de *La caña gris* aparecería el poema "El amante espera" (el quinto de la colección *Poemas para un cuerpo*) y en el 3 un artículo del mismo Muñoz titulado "Fidelidad es supervivencia" dedicado a la obra de Cernuda.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Meses después, a principios de 1961, Muñoz le informaba de una iniciativa: quería dedicarle monográficamente un número de su revista. Cernuda estaba agradecido y encantado: "Me conmueve la simpatía para conmigo que su proyecto, y desde luego sus palabras, me demuestran". Aunque dijo querer mantenerse distanciado, Cernuda estuvo muy atento a la preparación de aquel homenaje (sugiriendo colaboradores o proponiendo poemas). Pasó más de año y medio antes de que se materializara, el primer ejemplar lo recibió en Los Ángeles el 29 de noviembre de 1962. Faltaba menos de un año para que muriera. El agradecimiento a Muñoz es emocionante: "Aparte de los 60 años cumplidos, que el número me recuerda, veo que tuve la suerte, al no atender nadie a lo que yo pudiera decir, de trabajar en soledad total y por eso en libertad total, sin tener que considerar nada ni a nadie. El resultado de ese trabajo me lo presenta el número y me lo devuelve hermoseado". En aquel volumen se congregaron grandes escritores de varias generaciones –Vicente Aleixandre, Octavio Paz, Rosa Chacel, José Hierro, María Zambrano– y los primeros hispanistas interesados en *La Realidad y el Deseo* –Derek Harris y Robert K. Newman–, pero el peso específico del número recayó sobre los hombres del *50*: Gil de Biedma, Brines, Valente, el crítico cubano afincado en Madrid José Olivio Jiménez –buen amigo de Brines– y Carlos Peregrín Otero, que ya había leído su tesis doctoral sobre la poesía de Cernuda

(evidentemente fuera de España, en California) y que pronto asistiría en primera fila a la revolución de Noam Chomsky.

La lectura del monográfico memorable demuestra que la canonización ya se había producido y algunos de aquellos artículos trazaron muchas de las sendas que aún hoy recorremos para leer a Cernuda[13]. Uno de los más militantes era "El ejemplo de Luis Cernuda" de Jaime Gil de Biedma. Frente a la inconsistencia de la poesía española de su tiempo, afirmaba Gil de Biedma en un párrafo muy duro (casi calcado al de una carta que Juan Ferraté le había dirigido hacía pocos meses[14]), era necesario atender a las lecciones poéticas de Cernuda (que, por cierto, también eran las suyas): "Luis Cernuda es el ejemplo más próximo, la más inmediata cabeza de puente hacia el pasado". Otro de los artículos afortunados del número era "Luis Cernuda y la poesía de la meditación" de José Ángel Valente, la primera síntesis rigurosa que explicó con argumentos sólidos cuál había sido el peso de la lírica anglosajona en la fragua de la voz del segundo Cernuda. La amplitud de miras de Valente, que hacía un año le había mandado ya *Poemas a Lázaro*, es envidiable y la profundidad de su análisis también.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo

Contando con los jóvenes, Cernuda tenía la victoria de la posteridad a su favor. La herida que arrastraba desde hacía casi cuarenta años, desde que publicara *Perfil del aire* (1927), nunca pudo suturarse, pero a pesar incluso de su perenne obsesión, al final de su vida supo que la consideración de su obra había cambiado. Un fragmento del último de sus poemas, "A sus paisanos", lo prueba.

el trabajo humano
Con amor hecho, merece la atención de los otros,
Y poetas de ahí tácitos lo dicen
Enviando sus versos a través del tiempo y la distancia
Hasta mí, atención demandando[15].

[13] La editorial Renacimiento reeditó en facsímil el número de *La caña gris* en 2002. Jaime Siles analizó los textos más destacados del mítico monográfico cernudiano en su excelente "Luis Cernuda en el espejo de las generaciones" publicado en *Revista de Occidente*, núm. 254-255, julio-agosto 2005, pp. 77-94.

[14] Juan Ferraté: *Jaime Gil de Biedma. Cartas y artículos*, Barcelona, Sirmio / Quaderns Crema, 1994, p. 66. De 1960 data el ensayo de Ferraté "Luis Cernuda y el poder de las palabras" incluido primero en *La operación de leer* y después en la recopilación *Dinámica de la poesía. Ensayos de explicación, 1952-1966* (los dos publicados en Biblioteca Breve).

[15] Luis Cernuda: "A sus paisanos", *Poesía completa. O.C. I*, ed. de Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Ediciones Siruela, 1993, p. 548.

Estos poetas se llamaban Jaime Gil de Biedma, José Ángel Valente, Francisco Brines o José Manuel Caballero Bonald. Los cuatro le hicieron llegar sus versos a través de la distancia como testimonio de reconocimiento. Otro joven, literato aunque no poeta, lo había puesto por escrito en las páginas de *La caña gris*: "Hoy es Cernuda, en el sentido vivo de la palabra, un clásico de nuestra poesía". Son palabras de la breve nota que escribió José María Castellet para aquel número de homenaje. Él era y seguiría siendo durante años uno de los hombres más influyentes de las letras españolas. Hacía tan sólo tres años nadie lo hubiera afirmado con tanta rotundidad, a partir de aquel momento ya nadie lo discutiría.

Los hitos de una canonización tardía:

Luis Cernuda y la generación del medio siglo